

Polémicas ideológicas en la antropología argentina: el americanismo cientificista de la Biblioteca Humanior

Alejandra Mailhe (Prof. Adjunta regular UNLP /
Investigadora Independiente CONICET)

jjbalsa@isis.unlp.edu.ar

Esta ponencia se centra en la “Biblioteca Humanior del americanista moderno”, el proyecto editorial dirigido por José Imbelloni, e inaugurado en 1936 con la publicación de *Epítome de culturología*. Teniendo en cuenta puntos de contacto y tensiones con otros discursos sociales contemporáneos, y centrándose especialmente en el *Libro de las Atlántidas* (editado por Imbelloni y Armando Vivante en 1939), este trabajo se pregunta a quiénes interpela Imbelloni como posibles lectores, qué concepto de americanismo forja, y cómo define la antropología como disciplina (y a las alteridades sociales como objeto de estudio).

Formado en medicina y en antropología en Italia, e instalado definitivamente en Argentina a partir de 1921, Imbelloni responde plenamente a la demanda de profesionalización y a la “carrera del mérito” instauradas por el reformismo universitario.¹ Precisamente ese reformismo supone un proceso

¹ Nacido en Italia en 1885, Imbelloni estudia Medicina en la Facultad de Perugia. En su juventud, permanece en Argentina (para algunos autores –entre ellos, Perazzi, 2003–, entre 1908 y 1915; para otros –Garbulski, 1987–, entre 1914 y 1916), probablemente como corresponsal de un diario italiano. En esta etapa produce algunos trabajos de corte netamente positivista y a favor de la guerra, inspirados en el neodarwinismo social, por el que la guerra se justifica como parte de la lucha por la vida. Imbelloni regresa a Italia para alistarse como voluntario en la Primera Guerra Mundial, y allí, en pleno contexto del auge de las doctrinas racialistas, y en los albores del ascenso del fascismo, emprende estudios en Ciencias Naturales y en Antropología en la Universidad de Padua, donde en 1920 se doctora con la tesis *Introduzioni a nuovi studi di cranitrigonometria* (edición en español: *Introducción a nuevos estudios de craneotrigonometría*, La Plata: Taller de Impresiones Oficiales, 1921). Para 1921 retorna a Argentina, donde por oposición gana el puesto de profesor suplente de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), además de estar vinculado al Museo Etnográfico desde 1922, como encargado de investigaciones antropológicas. Entre 1921 y 1930 se desempeña como profesor de Historia antigua en la Universidad de Paraná. En 1930 intenta ingresar en la Universidad Nacional de La Plata (presentándose a un concurso para el que prepara un currículum publicado como “Nómina de publicaciones relacionadas con las ciencias del Hombre...”). Desde 1939 es Profesor Titular en la cátedra de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. En 1946, con el advenimiento del Peronismo, ocupa el puesto de director del Museo Etnográfico, cuando Francisco de Aparicio es exonerado de ese cargo. Además, en 1947 el Gobierno Nacional lo nombra Director del recientemente creado Instituto de Antropología, también dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras. Al estar estas dos últimas instituciones dirigidas por la misma persona, se integran ambas en una sola unidad. El archivo de Imbelloni, conservado en el Museo Etnográfico, alberga documentos y correspondencia relativa a su administración como director entre 1946 y 1955. Ese material deja entrever la sólida red de vínculos institucionales que confirman la centralidad nacional del director de la biblioteca Humanior. Con el golpe de 1955 y la consecuente intervención de las universidades, Imbelloni es apartado de sus cargos, como parte del proceso de desperonización (aunque otras figuras como Marcelo Bórmida, Oswald Menghin y Salvador Canals Frau consiguen reubicarse, manteniendo vigente incluso el método histórico-cultural instaurado décadas

de democratización cultural, que se traduce en mayor presencia de las capas medias en la Universidad. En este contexto, la biblioteca Humanior fomenta el interés por un americanismo científicista, fundado en el método histórico-cultural.² Desde allí, promete situar la antropología en una posición privilegiada incluso como discurso rector, para definir desde sus bases la identidad nacional, anhelando una posición hasta entonces no alcanzada por la disciplina en Argentina, a diferencia de otros contextos latinoamericanos, como los de México o Perú.

Imbelloni concibe la biblioteca Humanior con un carácter orgánico, como formadora global del “americanista moderno”, probablemente para mitigar la ausencia de carreras de antropología, y para generar condiciones para la creación de las mismas, fomentando una suerte de profesionalización informal de los *amateurs*.³ Ya en la introducción general, que se edita en 1936 como folleto para difundir la colección (y luego se repite en la contratapa de cada tomo), Imbelloni presenta el proyecto general de toda la biblioteca, dividida en cinco secciones (Propedéutica, Razas y migraciones, Patrimonio cultural indiano, Protohistoria y descubrimiento, y Culturas de la Argentina), con los

antes por Imbelloni). Finalmente, Imbelloni cumple sus últimos años de docencia en la Universidad del Salvador, como profesor de la cátedra de Antropología y etnología general, en la Facultad de Historia y Letras (de donde egresa en 1962 como profesor emérito).

² El método histórico-cultural (de F. Graebner, L. Frobenius y W. Schmidt, entre otros autores) explica los cambios culturales como resultado de experiencias de contactos y de difusión, más que por los procesos de creación paralelos y convergentes. Para ello, se centra en demostrar la existencia de ciclos y de círculos culturales que evidencian esos contactos como trasplantes culturales, por lo cual el enfoque es fuertemente comparatista. Este enfoque es, al menos en principio, crítico del evolucionismo. Esa perspectiva es visible, por ejemplo, en el prólogo general a la Biblioteca Humanior (cuando cuestiona duramente la reedición de *Ancient Society* de Lewis Morgan, llevada a cabo en 1935 por la UNLP), e incluso en algunas de sus notas editadas en *La Prensa* (como en Imbelloni, 24/12/1922, cuando desde el relativismo cultural, aproxima el impresionismo y el expresionismo en el arte contemporáneo al arte “primitivo” americano). Sin embargo, desde el punto de vista ideológico, tal como es aplicado en el contexto germánico (y en parte, en la versión de Imbelloni), este modelo teórico adquiere rasgos racistas, antimaterialistas e irracionistas, que incluyen una revalorización del sustrato religioso. En varios textos (como “Estado actual de la cuestión etrusca”, editado en *La Prensa* el 28/05/1922), se percibe un rescate del paganismo, contra el discurso católico medieval que condenó a este último e impuso la idea de una continuidad natural entre ambas etapas. Por ello, hay que explorar los componentes de un sorelismo de derecha, afín al fascismo, y en posible disputa tanto con el catolicismo como con el misticismo más democrático difundido por el antipositivismo de Rojas (aunque esto excede los objetivos de esta ponencia).

³ La primera Licenciatura en Antropología se funda recién a fines de los años cuarenta, en la Universidad Nacional de Tucumán, por iniciativa de Osvaldo Paulotti. En el archivo de Imbelloni conservado en el Museo Etnográfico, se encuentra una carta de Paulotti, de abril de 1947, en que le avisa a Imbelloni la intención de crear la Licenciatura en Ciencias Antropológicas; invita a Imbelloni a dar un curso rentado, y lo consulta por especialistas para cubrir las cátedras de Folklore y de Lenguas americanas (a lo cual Imbelloni responde solo con consejos sobre cómo abordar los contenidos de esas materias). Mientras tanto, durante la gestión de Imbelloni funciona, en el Museo Etnográfico, la carrera de Técnico para el servicio de Museos. Allí se dictan cuatro cátedras (Arqueología americana, Antropología y etnografía general –a cargo de Imbelloni–, Geografía humana y Geografía física). Por otro lado, el esfuerzo profesionalizador, en el campo de la antropología que Imbelloni busca refundar, puede vincularse al proceso paralelo de la historiografía argentina, llevado a cabo por entonces por la “Nueva escuela histórica” de Emilio Ravignani, Rómulo Carbia, Ricardo Levene y Diego Molinari, entre otros.

títulos de todos los volúmenes prefigurados,⁴ y creando un sistema de clasificación de letras y números, para reforzar así el efecto de sistematicidad científica.

Veamos en detalle el programa editorial presentado en 1936. La primera sección (Propedéutica), constaría de seis títulos dedicados a crear las bases teóricas de futuras investigaciones, centradas en nuevos objetos, aunque de esta sección finalmente solo se editan dos títulos: *Epítome de culturología* (de Imbelloni, en 1936) y *Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico* (de Imbelloni y Alfredo Dembo, en 1938).⁵ La segunda sección (Razas y migraciones) estaría formada por cinco títulos, de los cuales solo se edita el *Libro de las Atlántidas* (de Imbelloni y Armando Vivante, en 1939).⁶ La tercera sección (Patrimonio cultural indiano) incluiría siete libros, de los que solo se publica *Medicina aborígen americana* (de Ramón Pardal, en 1937).⁷ La cuarta sección (Protohistoria y descubrimiento) contendría seis libros, de los cuales solo se edita *Pachacuti IX: el incario crítico* (de Imbelloni, en 1946).⁸ La última sección (Culturas de la Argentina) contendría otros seis títulos, de los que finalmente solo sale a la luz el último, titulado *Folklore argentino*, aunque dividido en dos partes (*Concepto y praxis del folklore como ciencia* de Imbelloni, en 1943, y *Folklore argentino*, con la reedición de *Concepto y praxis...* y la colaboración de varios autores, en 1959).⁹

⁴ En la introducción general de 1936, una nota aclaratoria advierte que un asterisco señala los volúmenes a editar en 1936, dos asteriscos los que se editarán en el primer trimestre de 1937, y tres asteriscos la segunda serie del mismo año. Reproducimos los asteriscos en las siguientes notas al pie, para dar cuenta de ese cronograma.

⁵ Según el programa presentado en 1936, la sección “A. Propedéutica” iba a constar de los siguientes libros: T. 1. *Epítome de culturología**, T. 2. *Sinopsis de antropología física*, T. 3. *Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico**, T. 4. *Elementos de Glotología*, T. 5. *Breviario del Arqueólogo*, y T. 6. *Guía del etnógrafo viajero*. Carrizo (2000: 53) advierte que el artículo inédito de Imbelloni titulado “Los cuatro objetos de la Ciencia del hombre: la descendencia, la raza, la cultura y la etnia” (tal vez de 1947), conservado en el archivo de Imbelloni en el Museo Etnográfico, constituye –según se declara en el propio ejemplar– un bosquejo para un volumen sobre antropología física (titulado *Sinopsis de antropología física*), que formaría parte de la colección Humanior, destinado a integrar esta sección.

⁶ Para la sección B, la lista de fuentes proyectadas era la siguiente: T. 1. *Razas y variedades humanas*, T. 2. *Circulación de la humanidad*, T. 3. *Libro de las Atlántidas***, T. 4. *América y el Hombre* (Paleoetnología y Etnología), y T. 5. *Lenguas de América.****

⁷ El listado completo de esta sección C incluye: T. 1. *La habitación en la América indígena***, T. 2. *Religiones de América*, T. 3. *Medicina aborígen americana**, T. 4. *Música del indio*, T. 5. *Arte plástico americano*, T. 6. *Continuación del anterior*, y T. 7. *Indios y neo-americanos*. En esta sección, aunque no se hayan editado, la dedicación de dos tomos enteros al tema del arte plástico americano evidencia el grado de preocupación por esta cuestión, relevante tanto en los indigenismos de México y Perú, como en el más marginal indigenismo argentino, encarnado por ejemplo por el *Silabario de la decoración americana* (1930) de Ricardo Rojas.

⁸ Los títulos de esta sección D son los siguientes: T. 1. *Pueblos protohistóricos de América*, T. 2. *Incario crítico****, T. 3. *Civilizaciones de Méjico*, T. 4. *Manual de Cronología*, T. 5. *Columbus*** y T. 6. *La Conquista*.

⁹ Según los planes iniciales, la sección E contendría los siguientes libros: T. 1. *Los diaguitas y afines*, T. 2. *Cazadores de la Pampa, Patagonia y Estrecho*, T. 3. *Pueblos del Litoral y del Chaco*, T. 4. *La Colonia*, T. 5. *El Gaucho****, y T. 6. *Folklore argentino*. En el volumen editado finalmente en 1959, colaboran –además de Imbelloni–, Susana Chertudi,

Diversos factores parecen haber incidido en la imposibilidad de completar la colección. Desde el punto de vista económico, a diferencia de los proyectos editoriales que Imbelloni coordina como director del Museo Etnográfico, financiados por la UBA, Humanior parece depender exclusivamente de su venta en librerías, convirtiéndose en una empresa cultural demasiado osada, sobre todo teniendo en cuenta el círculo aun reducido de los universitarios humanistas a los que busca interpelar, y la relativa marginalidad de la antropología entre los discursos identitarios forjados en Argentina. También puede haber jugado un papel importante la falta de autores disponibles para consagrarse a la escritura de libros tan voluminosos y tan ajustados a un tema y marco teórico específicos.¹⁰ En este sentido, es posible pensar en una suerte de círculo vicioso, donde la colección busca combatir la falta de investigaciones locales (que se adecuen a la escuela histórico-cultural), pero a la vez necesita de investigadores formados para que la lleven a cabo. Dicho en otros términos, aunque la colección aspira a cierta democratización cultural, la centralidad de Imbelloni en el campo antropológico (que se traduce en su omnipresencia como director y autor de casi toda la colección) pone en evidencia el carácter excesivo de una empresa prácticamente centrada en una sola figura.¹¹

En definitiva, de los treinta libros planeados, Imbelloni solo edita siete, de los cuales seis lo tienen como autor o co-autor. Esa centralidad del director es subrayada por la relación de maestro / discípulo que mantiene con varios de los colaboradores (como en los casos de Dembo, Vivante y Pardal). Además, a medida que se editan los tomos, Imbelloni agrega algunos dispositivos (como la cita y la recomendación de lectura de los textos que ya han salido, o de los que planea editar), reforzando el sentido didáctico, y el criterio de unidad orgánica que acerca la biblioteca a un verdadero plan de estudios. A la vez, las portadas de los volúmenes mantienen cierta unidad, con un diseño sobrio que evidencia la modernidad y el carácter científico de la colección (en general, cada tapa es encabezada por la frase “HUMANIOR. Biblioteca del americanista moderno. Dirigida por el

Armando Vivante, Augusto Raúl Cortazar, Félix Coluccio, Enrique Palavecino, María Delia Millán de Palavecino, Ricardo Nardi y Bruno Jacovella.

¹⁰ No hemos logrado aun definir exactamente los criterios con los cuales Imbelloni convoca a otros colaboradores. Por ejemplo, Imbelloni advierte en el *Libro de las Atlántidas* (1939: 25-26), que el profesor Konrad Th. Preuss, director del Museo Etnográfico de Berlín, queda a cargo de la escritura de un volumen de la biblioteca, dedicado a religiones de América (aunque Preuss muere en 1938, antes de concretar la escritura del mismo).

¹¹ A la vez, si se observan las fechas de los volúmenes de Humanior, es claro que la biblioteca merma justamente cuando Imbelloni asume la dirección del Instituto de Antropología e inicia la edición de la revista especializada *Runa*. En este sentido, es posible pensar que la conquista –acaso imposible– del lectorado ampliado, que se propone Humanior, es sustituida por el objetivo –más medurado– de consolidar el círculo más acotado de los especialistas.

Dr. Imbelloni”; en algunos casos, además, se reproduce el diseño de un objeto antropológico diferente, sustraído del contexto, y convertido en símbolo del contenido específico del libro.¹²

Ahora bien, ¿a quiénes está destinada esta colección, de eruditos y gruesos volúmenes, ilustrados con diseños y fotografías, e insertos en un plan tan abarcativo y sistemático? ¿Quiénes son los “americanistas modernos” a los que se dirige? ¿Pre-existen a la biblioteca o deben ser creados por ésta?

Tal como se advierte en la introducción general, Humanior busca interpelar a un público culto universitario, y especialmente formado en Humanidades, más sensible a reconocer la importancia cultural del americanismo, aunque no restringido al círculo acotado de los “especialistas”. En este sentido, es probable que se asiente implícitamente en el terreno preparado por algunos ensayos previos que, incluso fuera del campo antropológico en formación, valoran el folclore y el legado arqueológico indígena, dirigiéndose a un público masivo, como los textos de Ricardo Rojas, de Ernesto Quesada (circunstancialmente indigenista durante su recepción de la obra de Oswald Spengler), o de Bernardo Canal Feijóo (que apela tempranamente al psicoanálisis para analizar las significaciones inconscientes contenidas en el folclore).

Al mismo tiempo, es necesario considerar que, probablemente, también las publicaciones periódicas colaboren en crear condiciones favorables para un pacto de lectura como el que pretende instaurar Humanior con respecto al lectorado ampliado. Al menos desde los años veinte, la antropología en general, y la arqueología en particular, gravita en varios periódicos y revistas culturales del país. Así por ejemplo, el diario *La Prensa* ayuda a crear una sensibilidad indigenista y arqueológica, en ese nuevo lectorado de las capas medias, pues en su suplemento dominical suelen colaborar figuras nacionales tales como Robert Lehmann-Nitsche o Carlos Vega, con breves notas de difusión sobre temáticas de interés arqueológico, etnológico y folclorista, amén de la colaboración de figuras vinculadas al indigenismo peruano (como Luis Valcárcel, José Sabogal y Uriel García) o de antropólogos europeos en Argentina (como Alfred Métraux). En el mismo medio, algunos textos

¹² Además, muchas de estas referencias cruzadas subrayan el papel fundacional de *Epítome...*, con respecto a la colección editorial y a la escuela histórico-cultural. Así por ejemplo, el epílogo del *Libro de las Atlántidas* (Imbelloni, 1939: 377) reenvía al lector a volver sobre ese primer volumen, para dimensionar la renovación teórica que propone el autor (con respecto al “círculo de cultura protohistórica”), pues gracias a *Epítome...*, “los lectores de Humanior ya conocen en sus rasgos esenciales el patrimonio de este ciclo” (Imbelloni, 1939: 382; subrayado nuestro). Lo mismo hace cuando establece un lazo entre el volumen de 1939 y otro, apenas bosquejado en el plan de la biblioteca, pero aun inédito, sugiriendo un orden pedagógico de lecturas (Imbelloni, 1939: 360).

literarios, anclados en escenarios arqueológicos, estimulan el deseo exotista por mundos perdidos, en una explotación ya muy *clisé* del valor romántico de las ruinas.¹³ Imbelloni tiene una presencia constante en la sección “Colaboraciones” de este suplemento dominical, entre 1922 y 1926:¹⁴ en este período, tras su reciente retorno a la Argentina, y acompañando sus primeros pasos en el mundo académico local, publica notas sobre arqueología etrusca y egipcia, sobre pintura rupestre en Córdoba, sobre el pueblo semita y el contenido etnográfico de la Biblia, sobre Tihuanaco e incluso, en 1925, sobre los temas de *La esfinge indiana*, un año antes de la edición de este libro.¹⁵ A menudo aborda un mismo problema en una secuencia de varios artículos dominicales, captando así la atención del lectorado masivo de forma sostenida; explica didácticamente técnicas complejas de la investigación arqueológica (por ejemplo, para la reproducción de pinturas rupestres que no pueden ser fotografiadas);¹⁶ incorpora algunas primicias científicas aun no difundidas en los medios académicos,¹⁷ o incluso arremete precisamente contra primicias arqueológicas falsas que deben ser rápidamente descartadas.¹⁸ En este sentido, sus notas en *La Prensa* subrayan la “cruzada” en la que se

¹³ Tal es el caso, por ejemplo, del cuento que edita Sousa Costa, el 26 de julio de 1936, sobre un romance que se despliega en las ruinas milenarias de Citania.

¹⁴ Si bien sus intervenciones llegan hasta 1935, se concentran muy especialmente en esta etapa juvenil, entre 1922 y 1926. Para el listado completo de las publicaciones de Imbelloni en *La Prensa*, ver Martínez Soler (1945). Cabe aclarar que un análisis pormenorizado de las intervenciones antropológicas, en esta publicación periódica, obligaría a realizar un estudio sistemático que excede con creces los objetivos de este trabajo, centrado exclusivamente en Humanior.

¹⁵ El listado de todas las notas editadas por Imbelloni en *La Prensa*, entre 1922 y 1926, aparecen reseñadas en Martínez Soler (enero/diciembre de 1945).

¹⁶ Ver por ejemplo referencias a la técnica empleada por el investigador escocés G. A. Gardner en Córdoba, en Imbelloni (17/12/1922).

¹⁷ Como los diseños descubiertos y registrados por Gardner en Córdoba, algunos de los cuales son reproducidos en Imbelloni (17/12/1922), antes de que se den a conocer en otros medios (Imbelloni advierte que, cuando se publique el estudio de Gardner, “los estudiosos tendrán en su poder, sin someterse a las fatigas de largos viajes a lomo de mula [...], una documentación de primer orden”; Imbelloni, 17/12/1922: 7).

¹⁸ Es el caso por ejemplo de “La ciudad misteriosa del lago Ströbel” (Imbelloni, 29/04/1923: 9), nota en la cual, acompañando la opinión de Salvador Debenedetti, descarta con virulencia la veracidad del descubrimiento “sensacional” de Wolff, apenas dos meses antes, de una supuesta ciudad arqueológica, próxima al lago patagónico de Ströbel. Imbelloni y Eric Boman son convocados por el propio Wolff y por el director del Zoológico de Buenos Aires, Clemente Onelli (degradado por Imbelloni, en función de su falta de dotes científicas), para opinar entonces sobre otros hallazgos arqueológicos de ese sitio, también descubiertos por Wolff (una posible muralla –que luego resulta ser apenas un dique lávico– y un cráneo), ¡teniendo que expedirse sin siquiera contemplar esos objetos! Imbelloni advierte que escribe urgido por la necesidad de ofrecer los medios “para que el público argentino se oriente en esta cuestión” (Imbelloni, 29/04/1923: 9), pues los lectores están perdidos por “una muy nebulosa literatura [que], a base de elocuencia y fantasía, ha ido desde largo tiempo preparando para celebrar un día el Misterio de la Patagonia, tierra encantada de monstruos y dragones”, sumándose a quienes insisten en el origen patagónico del hombre americano. La fotografía de la supuesta muralla, que edita Imbelloni en su nota, es un documento exclusivo para *La Prensa* (facilitado indirectamente por el propio Wolff) que apunta a desacreditar definitivamente esas elucubraciones, al poner en evidencia que se trata de un simple fenómeno

embarca para “interesar al público en una investigación científica” en lugar de “excitar con artificioso sensacionalismo las curiosidades malsanas del medio popular” (según los términos del geógrafo alemán Franz Kühn, citados elogiosamente por Imbelloni, 20/01/1924). En este sentido, entre otras cosas combate fantasiosas correspondencias entre culturas antiguas del Viejo y del Nuevo Mundo, o advierte acerca de hipótesis absurdas con respecto a la antigüedad, la producción económica y los motivos de la disolución de la cultura de Tiahuanaco, siempre confrontando con los discursos científicos perimidos y con las reelaboraciones de esos discursos para las masas.¹⁹

Además, en estas notas de *La Prensa*, las ilustraciones (dibujos y fotografías) suelen adquirir centralidad en un doble sentido (por la cantidad de espacio que ocupan, y por su ubicación, generalmente en el centro de la página), insistiendo así en captar la atención del lectorado masivo. Las imágenes, en general dispuestas por el periódico en una composición *Art Decó* que las integra (incluyendo incluso la inscripción de guardas indígenas o de cerámicas que las anudan entre sí)²⁰ crean conjuntos arqueológicos que mezclan elementos culturales diversos (por ejemplo retratos egipcios, griegos y romanos, en una nota, y luego retratos americanos, en la nota siguiente, para dar cuenta comparativamente del retrato en ambos mundos),²¹ fijando así didácticamente la atención del público lector sobre los puntos de contacto que intenta consolidar el difusionismo, pero también poniendo límites (como lo hará poco después en *La esfinge indiana*) a la proliferación fantástica de correlaciones imposibles.²²

geológico (aunque esto solo es comprensible, para el lectorado masivo, gracias al largo análisis científico de la imagen que introduce Imbelloni).

¹⁹ En varios artículos, una vez que expone las explicaciones científicas (geológicas, climáticas, históricas, lingüísticas, etc.) para descartar teorías previas, remata el artículo apelando al sentido común del público, del que espera recibir el favor de la razón. Así por ejemplo, “Tiahuanaco. Crítica de la cronología hiperbólica” se cierra confiando en obtener por fin la legitimación del lectorado, en esa compulsión: “El lector puede juzgar ahora si, por lo que respecta a la cronología, la ‘literatura tihuacana’ tiene algún valor para sentar las bases de juicios o indagaciones realizadas con seriedad, o si, en cambio, necesita hacer *tabula rasa*, y abrir una época nueva de observación y de recolección de datos” (Imbelloni, 07/03/1926: 10).

²⁰ Ver por ejemplo la ilustración de “Pinturas rupestres del noroeste de Córdoba (Imbelloni, 17/12/1922: 7), y la de la nota siguiente, “La fauna de las sierras en el verismo y el impresionismo de los pintores indígenas” (Imbelloni, 24/12/1922).

²¹ Ver por ejemplo “Historia animística del retrato. El busto en los dos mundos” (Imbelloni, 20/08/1922) y “La cerámica prosopomorfa en Europa y América” (Imbelloni, 27/08/1922), como continuación del artículo de la semana anterior.

²² Sacando partido de la curiosidad masiva por las correspondencias culturales, e imponiéndole un límite a esa misma curiosidad, advierte que “hemos llegado al término de nuestro rápido paseo arqueológico, desde la orilla del Escamandro hasta los valles subandinos. Los lectores no esperen que de las afinidades señaladas saquemos la comprobación de influencias directas o migraciones de los pueblos clásicos de Europa al continente americano. Ya estas hipótesis tuvieron su ‘cuarto de hora’ en la literatura americanista” (Imbelloni, 27/08/1922: 7). Y aproximándose a la edición de *La esfinge indiana* (08/02/1925), anticipa plenamente la perspectiva del libro.

Cabe aclarar que también a nivel regional, la arqueología juega un papel central en revistas culturales como la santiagueña *La Brasa*, difundiendo los descubrimientos de los hermanos Duncan y Emile Wagner, en el marco de una fuerte legitimación de la región (ya que la riqueza arqueológica presente en sus descubrimientos supuestamente “milenarios” compensa indirectamente la pobreza económica del área en el presente).²³ Imbelloni descalifica el enfoque de los Wagner, acusándolos de practicar una arqueología pre-científica que conduce a conclusiones erróneas (Imbelloni, 1940b), pero elogia en cambio otras prácticas *amateurs* destinadas al público culto ampliado. Así por ejemplo, ya plenamente consagrado como funcionario del Estado, en 1952 Imbelloni prologa la tercera edición de la *Toponimia patagónica de etimología araucana* de Juan D. Perón,²⁴ advirtiendo que

La presente publicación, *por su índole y finalidad, y por el mismo tono de su presentación tipográfica* [...], no se dirige a los especialistas que dedican sus afanes cotidianos a desentrañar la construcción interior de las lenguas y su complicada historia espacial, sino –más en general– a todos los hombres cultos que hayan alimentado la innata curiosidad por conocer a los pueblos que habitaron un día las distintas regiones del país... (Imbelloni, 1952: VIII; cursiva nuestra).

Así, Imbelloni explicita el papel de los dispositivos formales en la selección del lectorado, encontrando en esta reedición una oportunidad única para confirmar el interés masivo por la antropología, y para afianzar su propia autoridad científica,²⁵ e incluso para reforzar la importancia dada a la antropología por su propio líder político.²⁶

²³ En los primeros dos números de *La Brasa*, se adelantan las hipótesis osadas del libro monumental titulado *La civilización chaco-santiagueña*, el extenso ensayo que editarán en 1934. En el primer número de la revista, Emile advierte que se ha descubierto una antigua civilización pre-incásica, sin contacto posible con los conquistadores, extendida probablemente a un área mayor del territorio argentino, con un sentido estético y místico elevado y con una alfarería marcada por el alto simbolismo. Sobre el papel de la arqueología en la revista *La Brasa*, ver Martínez et al (2011) y Mailhe (2016).

²⁴ Este folleto de Perón había sido previamente editado por el Ministerio de Agricultura entre 1935 y 1936, por la Biblioteca Nacional en 1948 (en edición facsimilar), y por la revista *Archivos Ethnos* en 1950.

²⁵ En el prólogo, Imbelloni destaca su propia comprobación empírica de las habilidades lingüísticas de los tehuelches en el presente, amparándose en la experiencia en el trabajo de campo llevado a cabo en 1949 (Imbelloni, 1952: IX). En cambio, en el caso de Perón destaca su experiencia formativa en la Patagonia, tanto en la primera infancia como en la adultez, incluyendo su contacto, como hijo de estanciero, con los peones de ascendencia mapuche.

²⁶ Numerosos elementos demuestran la importancia que algunos antropólogos le otorgan a su propia disciplina en la conformación y consolidación del Peronismo. A las intervenciones “oficialistas” de Imbelloni (por ejemplo los capítulos que escribe para *Argentina en marcha*, para el volumen del *Primer ciclo anual de conferencias*, o como prólogo a *Toponimia patagónica de etimología araucana* de Perón), se suman otras manifestaciones explícitas del lazo positivo entre antropología y justicialismo. De hecho, precisamente con este título, “Antropología y justicialismo”, Branimiro Males (el antropólogo croata, radicado en Argentina, y simpatizante del Nazismo) defiende la importancia prioritaria de la antropología, especialmente para la Argentina y en el marco del ideario peronista: “la Antropología debe tener un lugar de

Algunas cartas de lectores de la biblioteca Humanior, dirigidas a Imbelloni y conservadas en el archivo del Museo Etnográfico, permiten entrever el perfil de ese lectorado ampliado. Allí, profesores que se dedican a la docencia media, al estudio *amateur* de la antropología o a la creación literaria, le transmiten al “Maestro” su admiración; le piden ejemplares de Humanior que no pueden conseguir, o le ruegan asesoramiento sobre el problema indígena en Argentina.²⁷

Como veremos, esa preocupación de Imbelloni por formar un lectorado culto (presente en ensayos breves previos como “Dos americanismos” de 1920, pero también en extensos volúmenes como *La esfinge indiana* de 1926), implica realizar una operación política sobre ese público lector, cooptando el auge no solo del exotismo arqueológico, sino también del americanismo entre los humanistas, como legado de la Reforma Universitaria, para pasarlo por el tamiz del cientificismo, desarticulando así, indirectamente, los componentes ideológicos más progresistas contenidos en otras discursividades. A la vez, Imbelloni busca legitimar la disciplina propia, instalándola en una posición de privilegio, por encima del resto de las Humanidades.

Incluso, es probable que Humanior forje ese lectorado ampliado no solo para legitimar la disciplina, sino también porque ese público puede volverse –a mediano plazo– un eslabón clave en la recolección de materiales. De hecho, en *Concepto y praxis...*, Imbelloni propone un esquema jerárquico de colaboraciones, entre los *amateurs* del interior y los expertos de la elite profesional (la única autorizada para clasificar e interpretar los elementos recogidos por los primeros eslabones de esa cadena).²⁸ Humanior busca así superar el impresionismo anticientífico de experiencias pasadas

preferencia entre las otras ciencias” porque “es la ciencia base para la solución de los problemas de nuestra vida diaria [...]; hablar de Antropología en relación a los conceptos sociales del Justicialismo, o en relación a los anhelos para lograr una vida social más justa, más saludable y más alegre, es lógico e indispensable” (Males, 1953: 245). En esta dirección, Males defiende especialmente el papel de la antropología física, clave para que el Estado vele por el desarrollo físico saludable de su población (aunque Males apela a la expresión “antropología social”, aludiendo al estudio de la maduración física adecuada, y a las medidas sociales que debe implementar el Estado para optimizar este proceso). El autor cierra su exposición cediéndole la palabra al propio Perón, quien enfatiza la necesidad de que “los pueblos” vivan “sujetos de modo ineludible a las leyes del ritmo y de la armonía” (Males, 1953: 255).

²⁷ Así por ejemplo, en carta del 23/04/1954, la docente Angélica Llanos de Godoy, de la Escuela del Profesorado de Danzas Folklóricas de la Universidad Nacional del Litoral, le pide el envío del volumen dedicado especialmente a la investigación folclórica, en estos términos: “Escribirle a Ud. es una emoción muy intensa, conozco y he aprendido en sus obras. ¿Cómo no pedirle al Maestro me brinde su trabajo *Concepto y praxis...*? [...]. Recibir su trabajo será para mí una eterna deuda. Dios lo bendiga”. En otra carta (s/f), una escritora inglesa instalada en Lima le ruega material sobre el problema indígena en Argentina, que necesita consultar por su trabajo literario, aunque no se refiere específicamente a títulos de Humanior. Cabe destacar que, si bien en el archivo del Museo Etnográfico se conservan las respuestas de Imbelloni a gran parte de la correspondencia oficial recibida, no constan respuestas a este tipo de cartas más personales.

²⁸ Desde su perspectiva, la centralidad de los folcloristas profesionales coincide además con la centralidad del eje que encarnan Buenos Aires y La Plata, como espacios privilegiados en la profesionalización de la antropología. De hecho, en textos posteriores como “Antropología. Investigadores e investigaciones” (conferencia dictada y publicada en 1949), confiesa sus dudas respecto de las posibilidades de descentralizar esta actividad: “Es plausible que las ciudades del interior

(como la “Encuesta de Magisterio” sobre folclore, de 1921), modelando a sus lectores cultos para auxiliar correctamente a los expertos.²⁹ Así, historiadores, filósofos, literatos, docentes de la enseñanza media, folcloristas *amateurs*... podrían ser re-educados en este americanismo científico que, entre otras cosas, destierra viejas hipótesis sobre el origen del hombre en América (clausurando definitivamente legados como el de Florentino Ameghino), descarta falsas correlaciones históricas para explicar los contactos reales, y sitúa “en su justo lugar” a las alteridades sociales.

De toda la colección, el tema de mayor impacto para el lectorado masivo se encuentra en el *Libro de las Atlántidas*, porque por entonces el objeto imaginario de ese libro continúa siendo lo que Marc Angenot (2010) define como un “ideologema” (es decir, un punto nodal en el que convergen diversos discursos sociales de un período, estableciendo una lucha por la imposición de un sentido hegemónico). Desde la introducción general a la biblioteca, es posible percibir en qué medida Imbelloni es consciente del rédito de este tema, para acercar a los lectores al resto de la colección.³⁰ En efecto, el mito de la Atlántida gravita en los años veinte, en la literatura de masas, en las doctrinas esotéricas, e incluso en el campo antropológico, donde difusionistas como Leo Frobenius (a quien se afilia Imbelloni) ven, en la reconstrucción de la historia de ese mito, la posibilidad de comprobar los contactos culturales que consideran “efectivos” (religando periferias y centros culturales “prestigiosos”), e incluso ven la posibilidad de conducir hacia la disciplina científica la pasión sugestiva que despierta ese mito en el lectorado masivo.³¹ De hecho, Imbelloni subraya que la

quieran tener su propio centro de recolección y búsqueda, pero de ningún modo es útil que estas iniciativas se pongan en manos de personas que carecen de experiencia y versación, como sucede por lo común” (Imbelloni, 1949a: 213).

²⁹ Sobre la encuesta ver por ejemplo Espósito – Di Croce (2013). Incluso algunos proyectos de libro que no se concretan (como *Elementos de Glotología*, *Breviario del Arqueólogo*, o *Guía del etnógrafo viajero*) parecen haber sido pensados como manuales, no solo para profesionalizar a los técnicos de los museos, sino también para forjar conocimientos introductorios generales, útiles para elevar las aptitudes de la población culta, en favor de la disciplina.

³⁰ En efecto, desde la introducción general a la biblioteca, Imbelloni advierte que “uno de los tomos [...] destinado a interesar más prontamente al público [...] trata de la Atlántida, viejo tema pero siempre cautivante, entre los de la mitología americanista” (Imbelloni, 1953: 9). Así, desde los inicios del plan editorial sabe que la fascinación por la Atlántida garantiza el anhelado acercamiento del lectorado más amplio al libro, y acaso, a través del libro, a la biblioteca en su conjunto.

³¹ Entre 1921 y 1928, Leo Frobenius publica los 12 volúmenes de su obra *Atlantis. Volksmärchen und Volksdichtungen Afrikas*, Jena: Diederichs. Enfatizando esa proximidad teórica con Frobenius, todo el cierre del *Libro de las Atlántidas* se centra en la arqueología de este autor en África, compartiendo la hipótesis de una elevada civilización (por ejemplo en Ife, capital sagrada de los yoruba), luego de lo cual se produce una caída o “degeneración fetichista”, bajo la cual aun puede reconocerse “la supervivencia de la antigua teogonía envilecida” (Imbelloni y Vivante, 1939: 381). Esa civilización elevada es propia de los pueblos “mediterráneos”, resultado de la difusión “de la joven cultura helénica”, que a la vez choca con una cultura más antigua, proveniente del Asia menor, con elevado desarrollo y unidad orgánica (en un ciclo que Frobenius define como cultura “malayo-negroide” y que Imbelloni considera como “círculo de la cultura protohistórica o de los grandes Estados”, Imbelloni y Vivante, 1939: 382). Imbelloni ve, con Frobenius, formarse allí un “substratum sobre el cual se superpusieron las influencias arias: celta, germana, helénica y umbra” (Imbelloni y Vivante, 1939: 382). Solo

Atlántida está viva especialmente “en lo más recóndito de la mente de los Americanos” (Imbelloni y Vivante, 1939: 8), por “la fuerza sugestiva que dimana del sinnúmero de símbolos, correlaciones, asociaciones, intuiciones y otros procesos subjetivos [...] suscitados por los escritores que explotan la afectividad y la sensibilidad de las grandes masas populares” (Imbelloni y Vivante, 1939: 388). No casualmente, cuando Imbelloni publicita su biblioteca en el volumen siguiente (en un apéndice agregado al final de *Concepto y praxis...*), introduce un pequeño mapa de Atlantis como nuevo emblema de todo el proyecto editorial: se trata de un mapa diseñado por el escritor griego Kampanakis (de fines del siglo XIX), publicado ya previamente en el *Libro de las Atlántidas* (Imbelloni y Vivante, 1939: 155), junto a otras cartografías imaginarias. La elección de esa imagen como emblema de la biblioteca refuerza la convergencia entre la historia de la Atlántida y el americanismo moderno que busca fundar el proyecto editorial.³²

Ahora bien; si Imbelloni apela al valor imaginario de la Atlántida, en el público masivo, es para erradicar ese valor imaginario, sustituyéndolo por la verdad científica. En esta operación queda cifrada su propuesta de refundar la americanística, capitalizando para la antropología moderna el viejo apasionamiento masivo por el mito. Y en este sentido, queda preso en una contradicción típica del elitismo modernista, porque desea interpelar a las masas, pero para difundir precisamente el rechazo de la cultura de masas.³³

Por todo ello, el tema de la Atlántida deviene una suerte de “Aleph” borgeano en el que, si convergen *todos* los públicos, es posible intervenir a la vez en *todos* los debates, exhumando una

como detalle, vale la pena recordar que, apelando a los mismos análisis de Frobenius, en 1928 *Ainsi parla l'oncle*, del antropólogo y ensayista haitiano Jean Price Mars, también se basa en esa obra de Frobenius, para reivindicar la importancia de África en la prehistoria de Occidente (legitimando así, indirectamente, el mundo negro).

³² Cabe aclarar que en la edición de la colección Humanior ocurren varios cambios editoriales, que acaso den cuenta de la inestabilidad relativa del proyecto. Si los primeros volúmenes se editan por Jorge Anesi, a partir de *Concepto y praxis...* aparece por primera vez la rúbrica de “Editorial Humanior”, con la distribución de Joaquín Torres). Esa rúbrica se mantiene en *Pachacuti IX*, de 1946, aunque ahora se detalla que la editorial es Nova. El último volumen (*Folklore argentino*, de 1959) es editado por Nova pero ya sin el sello de la “Editorial Humanior”. En ningún caso reaparece el emblema de la Atlántida como identificación de la colección.

³³ Ya en “Dos americanismos” (1920), Imbelloni se queja de que “el público, en general, no está dispuesto a seguir un crecimiento tan lento [como el del americanismo científicista]. Su mentalidad, formada por el diario más que por el libro, levanta, mientras tanto, arcos de triunfo para cualquier vendedor de pacotilla”. Y frente al americanismo “heroico” (y falso) en el que prefieren creer las masas (que fomenta insólitas correlaciones entre culturas), sentencia que “todo pueblo, como todo hombre, cultiva y honra el americanismo que se merece” (Imbelloni, 1920: 23). Convencer a ese público masivo sobre la verdad del método histórico-cultural será desde entonces una meta clave de Imbelloni. Poco después, el ensayo *La esfinge indiana* (1926) insiste en interpelar a un público amplio, para convencerlo —en una suerte de empresa quijotesca— acerca de la verdad científica de los contactos culturales efectivos, contra la proliferación de hipótesis inverosímiles que circulan en tratados científicos, artículos periodísticos y literatura de masas en general. Esa operación es el eje del *Libro de las Atlántidas*.

verdad científica latente en el fondo de los mitos, y defender la eficacia del método histórico-cultural (incluida la hipótesis específica de Imbelloni sobre el contacto entre la Polinesia y América del Sur),³⁴ comprobando la centralidad de la antropología en el seno de las humanidades, e incluso disputándole el público masivo a otros discursos sociales.

Además, así como la psiquiatría de entresiglos se erige contra el dominio de la sugestión por las supersticiones, Imbelloni erige su arqueología científica contra la sugestión de los Atlantólogos que, desde la arqueología pre-científica, las doctrinas esotéricas o la literatura de masas, han construido un edificio absurdo de especulaciones atractivas. Pero, como en los manuales sobre supersticiones o sobre delincuencia, al reconstruir tan minuciosamente los argumentos de esas arqueologías fantásticas, el *Libro de las Atlántidas* corre el riesgo de hacer resurgir, en la experiencia de la lectura, el interés por el mismo objeto que pretende destruir.

Además, la tensión entre alta cultura y cultura de masas no se cierra, produciendo una interpelación ambigua –e incluso estrábica– de ambos públicos. Así por ejemplo, en el prólogo justifica la cita de fuentes griegas y latinas, en la lengua original y sin traducción, porque “Humanior está consagrada a una juventud más exigente” (Imbelloni y Vivante, 1939: 19). Sin embargo, consciente de que esa erudición pone en peligro la anhelada expansión del lectorado, también estimula al no-iniciado a sortear esas dificultades, prometiéndole que descubrirá, “sin violencia mental alguna” (Imbelloni y Vivante, 1939: 22), “todo un mundo de experiencias y leyes cuya complejidad insospechada lo llenará de asombro” (Imbelloni y Vivante, 1939: 20). Al final de la lectura –confía Imbelloni–, “ninguno de nuestros lectores tendrá dificultad en reconocer los reflejos del período poseidónico” (Imbelloni y Vivante, 1939: 383). Así, Humanior da cuenta de la confianza moderna en el poder del libro para transformar a los lectores (en este caso, en seguidores apasionados de la arqueología científica), pero también, como veremos, da cuenta de la confianza moderna en el poder de la antropología para sustituir el interés que despiertan las lecturas de la historia, la filosofía y la literatura.

Por eso vale la pena preguntarnos cuál es el alcance temático de la colección; qué relación establece entre las diversas subdisciplinas que componen el campo antropológico, y en qué medida la legitimación de la antropología implica una deslegitimación de otros saberes humanísticos. Según la

³⁴ Pues la hipótesis de fondo del libro apunta a probar contactos culturales precolombinos entre África, Europa, Asia, Oceanía y América, por la vía del Pacífico.

introducción general, frente a otros proyectos editoriales con los cuales compite,³⁵ Humanior se destaca por ser la única que promueve un americanismo arqueológico, centrado exclusivamente en la prehistoria: “la colección [...] detendrá su marcha al llegar al territorio de la historia propiamente dicha, porque ese umbral representa el *terminus ad quem* de su recorrido. A la inversa, el *terminus ad quo* es el más remoto posible” (Imbelloni, 1953: 7). Sin embargo, las secciones planeadas junto con la introducción general desmienten “desde el vamos” esa propuesta “arqueológica”, porque (reproduciendo una contradicción intrínseca a la definición de la antropología en esta etapa) proyectan abordar también el mundo colonial americano, e incluso el folclore y la vida rural contemporáneos, aunque considerados como elementos residuales, en extinción. Incluso, por momentos la ampliación temática y disciplinar amenaza con desbordar los límites de la antropología, pues la colección también se fija explícitamente el objetivo ambicioso (y *a priori*, contrario a la especialización profesional) de “relatar al lector la suma de los conocimientos adquiridos sobre las cuestiones americanas por todas las ciencias llamadas ‘del Hombre’” (Imbelloni, 1953: 8).

La inclusión de un abanico de objetos tan amplio no solo evidencia el modo en que la biblioteca cumple las veces de un programa de formación integral, o legitima el papel de la antropología ante la consolidación de las otras humanidades: también da cuenta de la diversidad de intereses del propio Imbelloni que, en su producción, abarca todos estos campos, espejando la voluntad de apertura de la disciplina tanto al culturalismo como a las bases biológicas de la antropología física (relevante desde sus estudios juveniles, centrados en lo que define como “craneotrigonometría”). Así, al menos en parte, contradice su propio reclamo de especialización profesional, en una tensión que, en última instancia, resulta constitutiva del propio método histórico cultural, que no puede prescindir de la apertura interdisciplinaria hacia la historia (o más bien, del desplazamiento deslegitimador de esta disciplina, al menos en el campo de la prehistoria).

³⁵ Imbelloni advierte que “la preparación de esta biblioteca fue decidida en 1931 y su primer tomo publicado en 1936”, compitiendo “con por lo menos cuatro iniciativas distintas de publicar colecciones de obras destinadas a América” (Imbelloni, 1953: 7). Aunque no especifica de qué proyectos se trata (y de este modo parece cuidarse de no difundirlos), confía en que sean empresas culturales con materia y finalidad diversos. De cualquier modo, su afirmación pone en evidencia la conciencia del director sobre la competencia, en el mercado, entre propuestas americanistas de diversa índole, frente a las cuales debe defender su biblioteca. Además, “la colección Humanior no quiere ser una biblioteca de síntesis histórica”, por lo que se diferencia respecto de los modelos de E. Berr, Halphen y Sagnac, Cavaignac o de las colecciones editadas “por los profesores de Cambridge”, sobre cuyos modelos se han trazado ya las bibliotecas proyectadas en París, Madrid y Buenos Aires, sobre la historia de los pueblos de América, de Sudamérica o de alguno de sus países. Es probable que su observación tenga en la mira la colección titulada *Historia de la nación argentina*, editada por Ricardo Levene entre 1936 (el mismo año en que se inicia Humanior) y 1950, y en cuyo primer volumen (“Tiempos prehistóricos y protohistóricos”, de 1936) colabora el propio Imbelloni, con un capítulo sobre lenguas americanas y otro sobre culturas aborígenes de la Patagonia. Por lo demás, este último análisis debe ser confrontado con la visión sobre los indígenas de Tierra del Fuego en *Archipiélago* (1934) de Ricardo Rojas (tarea a la que me encuentro abocada en el presente).

Recordemos que, tal como advierte en la introducción general a la biblioteca, disputándole autoridad a la historiografía,

...los problemas del indio, y en general de todos los pueblos sin historia, no son materia que pueda ser manejada con provecho por el historiador, y deben ser entregados a los cultores de disciplinas especiales que tienen método propio y una ya larga experiencia. En esto consiste la inferioridad manifiesta de muchos planes concebidos por hombres que han trabajado únicamente con documentos y cuestiones paleográficas (Imbelloni, 1936: 8).

A la vez, la biblioteca le dedica toda una sección a la Argentina, dándole al país una inscripción especial en el seno de ese americanismo, también como respuesta a las inquietudes nacionalistas del propio Imbelloni que (a diferencia de otros antropólogos extranjeros en Argentina, como el austríaco Oswald Menghin), se esfuerza por adecuar el método histórico cultural al contexto nacional y americano.³⁶ Es probable que esta preocupación nacionalista (visible en el plan de Humanior de 1936) colabore en la consagración de Imbelloni como uno de los antropólogos más próximos al gobierno durante el primer Peronismo. De allí que la colección pueda ser pensada como una legitimación de la antropología (convertida en una instancia clave para dar cuenta de la identidad nacional, acaso por encima de otras *epistemes* –como la filosofía, la literatura y la historia–), y también como una legitimación del propio Imbelloni, que deviene, como funcionario del Estado, la voz más autorizada en su campo disciplinar.³⁷ En este sentido, su consolidación profesional coincide con (y probablemente se ve potenciada por) el despliegue del proyecto Humanior.

Precedida por algunas publicaciones difusionistas previas, la colección también colabora en el disciplinamiento de la antropología, porque busca instaurar, desde su primer volumen de 1936, el método histórico-cultural, para fijar el marco teórico de una ciencia que, hasta entonces, presenta

³⁶ En efecto, a diferencia de Oswald Menghin (que en Argentina permanece fiel a sus estudios centrados en la prehistoria, y desde una perspectiva universalista), Imbelloni se muestra más sensible a las preocupaciones identitarias del nacionalismo, planteándose entonces el desafío de adecuar ese modelo teórico central para pensar objetos de investigación locales (argentinos y americanos), y desde varias disciplinas específicas a la vez, apelando a la arqueología, la etnología y la antropología física.

³⁷ Con el advenimiento del Peronismo, además de ocupar el puesto de director del Museo Etnográfico desde 1947, el gobierno nacional lo nombra a Imbelloni director del recientemente creado Instituto de Antropología, dependiente de la UBA. Y cuando en 1949 se crea el régimen de dedicación exclusiva, Imbelloni recibe uno de los dos únicos cargos de que dispone la Facultad de Filosofía y Letras (el otro cargo le es otorgado a Carlos Astrada). Estos hitos en su itinerario intelectual confirman su proximidad con respecto al gobierno, y resignifican su producción antropológica (incluido el proyecto editorial de Humanior) como parte de la legitimación de la antropología como una instancia privilegiada para forjar la identidad nacional. Por lo demás, la centralidad de Imbelloni también puede verse graficada en la carrera rápida y exitosa de algunos de sus discípulos, como Marcelo Bórmida.

teorías y objetos muy dispersos e incluso científicamente “inaceptables”.³⁸ En este sentido, proyecto editorial y modelo teórico quedan anudados, consolidando el papel hegemónico del director de la colección como director de toda la disciplina de esta etapa, contra otros modelos considerados como ya perimidos, contra otras tesis difusionistas (que son descalificadas),³⁹ contra la autoridad de otras disciplinas (como la historia, la filosofía y la literatura), contra otros discursos sociales (como los vulgarizadores que simplifican la información científica), e incluso como veremos, contra otras ideologías. Todas estas posiciones agonales quedan devaluadas como incapaces de dar cuenta de la “verdad” científica.⁴⁰

También el *Libro de las Atlántidas* amplía el radio de acción de la disciplina (algo esperable en un volumen que, como vimos, le disputa tan claramente el lectorado masivo a otros discursos sociales). En especial, frente a la filosofía, la literatura y la historia, Imbelloni advierte que solo el antropólogo puede exhumar y reconstruir correctamente los fragmentos de una verdad arqueológica de fondo, que descansa bajo las representaciones imaginarias de la Antigüedad griega y se recrea a lo largo de la historia de Occidente. Por eso advierte que “la indagación del lugar originario de esta

³⁸ *Epítome...* es precedido por otros trabajos del mismo autor, que adelantan este enfoque, como el ensayo *La esfinge indiana*, y el folleto “Introducción al estudio de las civilizaciones a partir del método histórico-cultural” de 1931.

³⁹ En los años treinta, Imbelloni ejerce esa hegemonía por ejemplo contra las tesis de los hermanos Duncan y Emile Wagner, que en su extenso ensayo *La civilización chaco-santiagueña* sostienen (tal como han probado Martínez et al., 2003) que la población del Chaco santiagueño fue cuna de una refinada civilización imperial, caracterizada por un misticismo elevado y una homogeneidad teocrática y militar (no casualmente afín al pensamiento de los autores, arqueólogos *amateurs* de la aristocracia francesa). Atribuyéndoles erróneamente gran antigüedad a las piezas descubiertas, los Wagner reivindican el origen prestigioso de esa civilización perdida (que reconecta, desde el punto de vista simbólico, con las grandes civilizaciones mediterráneas, y especialmente con Grecia). Los hermanos Wagner obtienen reconocimiento internacional, pero no en el ámbito académico argentino, pues aquí la escuela histórico-cultural encarnada por Imbelloni les cierra sus puertas, desestimando la validez científica de su investigación. Al respecto, ver Imbelloni (1940b).

⁴⁰ En efecto, consolidando la introducción del método histórico-cultural, puesto a disposición de los estudios americanistas, *Epítome...* busca abrir un proceso de adecuación de dicho método, definiendo la agenda que la disciplina antropológica debe abarcar a nivel continental. Entre los nuevos tópicos de investigación que abre *Epítome...*, con la introducción de este método, se encuentra la concepción de la isla de Pascua como enclave intermedio entre las altas culturas americanas y las culturas milenarias del Asia central. A través de esta vía, Imbelloni (simpatizante del fascismo) defiende el posible vínculo de esas culturas americanas con las del antiguo valle del Indo. Al respecto, ver Perazzi (2009). Por otro lado, la centralidad de Imbelloni es también el resultado de las autofiguras que diseña en sus textos. Por ejemplo en la conferencia “Antropología. Investigadores e investigaciones”, impone su propia genealogía de la antropología local, destacando solo a las figuras a las que se afilia, y situándose a sí mismo como punto de llegada de esa teleología profesionalizante (que va de los *pionners* a los sistemáticos, y de éstos a los iniciados, para llegar finalmente a su propio “grupo de selectos discípulos”; Imbelloni, 1949a: 214). Por lo demás, en sus textos (incluso en los destinados a la prensa periódica) es constante la voluntad de Imbelloni de ordenar la historia de la disciplina en una teleología que asciende hacia la profesionalización científica del presente como “consagración”. Así por ejemplo, en “Pinturas rupestres del noroeste de Córdoba” (editado en *La Prensa* el 17/12/1922), traza a grandes rasgos la historia universal de la disciplina, desde los coleccionistas de antigüedades en el siglo XIX hasta el presente, para consolidar así, frente al lectorado masivo, la legitimidad de sus prácticas.

Weltanschauung no [...] es tema que se preste a ser abordado por hombres de cultura meramente filosófica y filológica” (Imbelloni y Vivante, 1939: 362). Así, a la incursión filosófica en la antropología (por ejemplo, de Ortega y Gasset en *Las Atlántidas* de 1924), Imbelloni responde con una incursión antropológica también en la filosofía (al centrarse especialmente en interpretación de la Atlántida de Platón), en una confrontación que recrea nuevamente los debates de entresiglos (por ejemplo, entre la psicología experimental y la filosofía antipositivista).

A la vez, Imbelloni diversifica sus intervenciones intelectuales, preservando para Humanior la ilusión de su autonomía o neutralidad científicista respecto de la política. De hecho, de la última sección de la biblioteca (centrada en la Argentina), solo se edita el volumen sobre folclore.⁴¹ Y en cambio, el despliegue de sus intervenciones nacionalistas más explícitas se produce por fuera de Humanior, por ejemplo en publicaciones financiadas por el gobierno, en las que Imbelloni se muestra más claramente como un experto al servicio del Estado. Así por ejemplo en “La formación racial argentina”, editado en el volumen oficial *Argentina en marcha* de 1947, responde a una consulta explícita, de parte del gobierno, sobre la delicada cuestión del poblamiento del país. Allí defiende el proyecto inmigratorio en curso (y aconseja en especial la inmigración latina, más acorde al carácter nacional), pero también contribuye con una especie de traducción científica, en clave racialista, del ideal de “comunidad organizada” (al subrayar cómo la propia existencia del Peronismo prueba la tendencia de las masas nacionales a homogeneizarse; 1947: 306-307), y naturaliza el liderazgo de Perón, en el marco de una teleología biológica que reformula el revisionismo histórico, en clave racialista. Ese gesto puede pensarse, además, en sintonía con otros que dejan entrever cierta rivalidad en sordina, al interior de la intelectualidad peronista, entre *epistemes* tales como la antropología y la filosofía, las cuales disputan su preeminencia para definir la identidad nacional y el Peronismo.⁴²

⁴¹ Como vimos, ese volumen se edita dividido en dos partes: en 1943 su libro *Concepto y praxis...* (como aporte teórico para convertir el folclore en disciplina científica), y recién en 1959 el volumen colectivo *Folclore argentino*, en donde Imbelloni solo reedita su texto previo de 1943.

⁴² Si bien esta línea de análisis excede los objetivos de este trabajo, para explorar las tensiones entre antropología y filosofía, en el propio campo peronista de esta etapa, pueden considerarse comparativamente las intervenciones de Imbelloni y de Carlos Astrada en volúmenes oficiales tales como el de *Argentina en marcha* de 1947, o el *Primer ciclo anual de conferencias* de 1949. En ambos libros, Astrada colabora con trabajos próximos a *El mito gaucho*, resultado de su reelaboración del existencialismo heideggeriano para pensar el problema de la identidad nacional. En este sentido, los ataques de Imbelloni a las definiciones metafísicas de la identidad pueden leerse como parte de esta disputa, al igual que la voluntad arriba señalada, de traducir en clave antropológica la noción de “comunidad organizada”, central en el ideario de Perón. Para analizar el campo filosófico durante el primer Peronismo, ver Ruvituso (2015). Para el caso del campo antropológico en la misma etapa (desde una perspectiva que llega a conclusiones contrastantes con respecto a las de Ruvituso, aunque para otro espacio disciplinar), ver Perazzi (2003).

En este contexto, resulta especialmente importante leer Humanior a contrapelo, iluminando las posiciones ideológicas que anidan bajo la objetividad científica, preguntándonos por ejemplo en qué consiste el humanismo de Humanior. En principio, su propuesta puede interpretarse como una resistencia más o menos explícita al humanismo filosófico y antipositivista, heredado de la Reforma Universitaria. Como ha demostrado Garbulski (1987), desde los trabajos juveniles, producidos en Argentina en el contexto de la Primera Guerra Mundial, Imbelloni devalúa el humanismo, en términos nietzscheanos y neo-darwinistas, por su carácter pacifista y su asociación con el socialismo.⁴³ A pesar de la distancia temporal que separa esos discursos de principios de siglo respecto de Humanior, es posible entrever en estos textos su búsqueda en pro de refundar el humanismo desde una perspectiva belicista, afín al imperialismo e incluso al Nazismo (dada la exaltación de la guerra en la expansión del espacio vital de las culturas dominantes),⁴⁴ reforzando así la asociación, clave en la época, entre posiciones de derecha y método histórico-cultural.

Además, la modernidad de ese “humanismo moderno” consiste más bien en un científicismo que, a pesar de las críticas al evolucionismo, vuelve a apelar a los principios evolucionistas, e incluso a la antropología física, para confirmar las jerarquías raciales y las concepciones de “lucha por la vida”, en pleno contexto del Nazismo. Esa posición neo-humanista, que se presenta bajo la aspiración a reintegrar lo biológico y lo cultural, se combina con una fuerte descalificación científicista de los idealismos, entre los que incluye el pensamiento utópico europeo, la idealización barroca de la naturaleza y el hombre americanos, la visión romántica de la alteridad, e incluso las reivindicaciones indigenistas de carácter emancipatorio en el presente.⁴⁵

⁴³ Garbulski (1987: 13) señala que esa perspectiva perdura en obras posteriores de Imbelloni, como su *Epítome...*

⁴⁴ Imbelloni piensa la dinámica cultural como conflicto, pero desde un belicismo imperialista opuesto a las lecturas en clave materialista (formuladas en Argentina, por ejemplo, por Bernardo Canal Feijóo en *Confines de Occidente*, de 1954).

⁴⁵ Con respecto al escenario americano, señala que “...si una literatura en parte romántica y en parte periodística lo ha sostenido en las esferas subalternas de la publicidad, hoy día, *después de varias décadas de educación antropológica intensiva*, todos ven que no es ya tolerable la idea de la existencia de islas encantadas y regiones misteriosas./ La razón verdadera es que el hombre de África, de Asia meridional y de Oceanía ha sido investigado en una época relativamente moderna [...] en la atmósfera de las ciencias. La literatura americanista –en cambio– que tenía ya en 1607 la exhuberancia de una selva tropical, se formó cuando solo la Guinea africana y pocas otras costas fuera de Europa eran familiares al blanco y jamás, ni en nuestros días, ha logrado desprenderse de la ingenua maravilla con que el siglo XV acogió la primera masa humana [americana]. Junto con tal maravilla iban unidos *gran número de mitos cosmográficos, raciales y etnológicos que todavía no están del todo desarraigados*, aunque el mayor obstáculo para la comprensión de América consiste en la presunción de su aislamiento y singularidad” (Imbelloni, 1953: 9; cursiva nuestra). Esa asociación entre las fabulaciones barrocas y sus derivas en los siglos XIX y XX es reforzada, por ejemplo, por la ilustración (tomada de un “grabado holandés del siglo XVII”) que acompaña la edición del artículo “Edipo ante la esfinge americana” (Imbelloni, 08/02/1925: 10), que adelanta hipótesis de *La esfinge indiana*.

Así, Humanior combate lo que Julio Ortega (1988) define como “discursos de la abundancia”, reducidos a mitificaciones que tergiversan la realidad precisamente porque son la base del americanismo entendido como auto-afirmación identitaria.⁴⁶ Imbelloni apela al cientificismo, pero desde una perspectiva conservadora –o francamente reaccionaria– que apunta a descalificar las posiciones ideológicas agonales, incluidos los indigenismos del presente, desde la perspectiva spengleriana de Ernesto Quesada –que anticipa un nuevo ciclo cultural indígena, para superar “la decadencia de Occidente”–, o las construcciones identitarias del aprismo –fundadas en la unidad indoamericana–, hasta el más “peligroso” elogio, por parte de Mariátegui, del comunismo incaico como base de una posible transformación revolucionaria. Con diversos matices culturales y políticos, estos discursos descansan, además, en la activación efectiva del campesinado indígena, tangible en el marco de la Revolución Mexicana. No es casual que, en *Epítome de culturología*, al analizar la ausencia de propiedad privada y la condición igualitaria entre los miembros de una tribu, Imbelloni aclare, tranquilizadoramente, que “conviene decir que no se trata de un ideal comunista, sino de indiferenciación inicial de la sociedad” (Imbelloni, 1936: 141).

Con este cientificismo evolucionista (a la vez, crítico del evolucionismo de entresiglos), Imbelloni pretende sentar las bases de un nuevo americanismo que se erige contra el viejo americanismo “heroico”, fundando así una suerte de “americanismo anti-americanista”, que apunta a “situar la humanidad americana” (y sobre todo, al Indio, objetivado –con mayúsculas– como una categoría transhistórica) “en el justo lugar que le corresponde” (Imbelloni, 1953: 9).⁴⁷ La construcción de ese “justo lugar” incluye además la confirmación de las jerarquías dominantes para las culturas indígenas, elevando el “complejo cultural México-andino” a la altura de las grandes civilizaciones proto-históricas del Viejo Mundo (entre otras cosas, por la formulación de lo que define como un “pensamiento templario”), muy por encima de las de otros grupos “inferiores”.⁴⁸

La crítica cientificista que le formula Imbelloni a los indigenismos está presente en varios textos previos del mismo autor (por ejemplo en “Dos americanismos”, donde cuestiona el americanismo

⁴⁶ Con un sentido claramente negativo, las mitificaciones forman parte de un apasionamiento religioso que entorpece la objetividad científica. Sin embargo, Imbelloni no condena la religiosidad en sí misma, sino las deformaciones del idealismo romántico tanto como del dogmatismo evolucionista, que se vuelve un culto fanático. Al respecto ver Imbelloni (1942) y Carrizo (2000: 71).

⁴⁷ Esta visión se proyecta, según la “Introducción general”, en la sección D de la biblioteca, enfocada en “la dramática sucesión de los primeros contactos del Indio con el Blanco, cerrándose la narración antes de enfrentarse con las naciones neo-americanas” (Imbelloni, 1953: 8).

⁴⁸ Imbelloni (1942) define en pensamiento templario en base a la creación de una compleja representación del tiempo y a la elaboración de formas de la adivinación, que operan como precedentes del conocimiento científico.

“heroico” de figuras como Vicente Fidel López, que en *Les races aryennes du Peru* –París, 1871–, se empeña en sostener las correspondencias entre el quechua y el griego, para arianizar a los indígenas –Imbelloni, 1920–).⁴⁹ Imbelloni ubica a diversos autores, desde la Conquista hasta hoy, en el mismo marco de un americanismo estéril, romántico en sentido amplio (y que irónicamente define como “período heroico”), que se caracteriza por acumular pruebas insustanciales, careciendo de concordancia en sus conclusiones.⁵⁰ Esa crítica a los indigenismos implica indirectamente una reelaboración del belicismo imperialista (neodarwinista y nietzscheano) presente en sus textos juveniles, editados entre 1914 y 1916 en Buenos Aires, en el contexto de la Primera Guerra Mundial.⁵¹

El combate a las idealizaciones indigenistas se despliega no solo en *Humanior* sino también en las publicaciones de Imbelloni destinadas al gran público masivo. Así por ejemplo, en “Pinturas rupestres del noroeste de Córdoba” (editado en *La Prensa* el 17 del 12 de 1922), Imbelloni combate las elucubraciones indigenistas de la literatura de masas, diferenciando dos corrientes opuestas “entre los que hablan de los indios”: “la primera, de exclusiva admiración hacia esas culturas desaparecidas [...], prevaleció por un largo período del siglo pasado, y no ha desaparecido por completo, especialmente en los escritos destinados al gran público; sus reconstrucciones reposan sobre la base de ampliaciones e imaginaciones, de series dinásticas como las de Caldea y Egipto” (Imbelloni, 17/12/1922: 28, cursiva nuestra), contra las cuales se destaca el valor objetivo de su arqueología científica, que va del análisis de aspectos materiales a la interpretación cosmológica del “complejo cultural México-andino” (por ejemplo en Imbelloni, 1942).

En otros casos, combina esa desmitificación con la descalificación de los indígenas como fuerza de trabajo en el presente, reduciéndolos a un elemento meramente residual. Así por ejemplo, en “La formación racial argentina” sentencia que

...lo más pintoresco de esta prédica [indigenista] es que por “indios”... entiende a los araucanos de la llanura, fragmentos dispersos y profundamente degenerados por amixia de un viejo

⁴⁹ En efecto, en “Dos americanismos” Imbelloni advierte que Vicente Fidel López afirma la equivalencia total entre el quechua y el griego, solo para legitimar a los antepasados indígenas, arianizándolos. La misma “forunculosis ariocéntrica” tiene el brasileño Couto de Magalhães para el caso de los indios tupí. Otros han planteado la afinidad entre el quechua y el hebreo, el sánscrito, el sumero/asirio, etc. (y aquí Imbelloni cita la tesis de Pablo Patrón, que luego será más sistemáticamente objetada en *La esfinge indiana*).

⁵⁰ Si bien Imbelloni cuestiona el romanticismo en sentido amplio, también ataca especialmente los inicios del movimiento romántico, responsabilizando a Volney (entre otros autores) como uno de los primeros idealizadores de los pasados remotos, a partir de sus meditaciones sobre las ruinas arqueológicas (ver por ejemplo Imbelloni, 11/02/1926).

⁵¹ Al respecto ver sus artículos “La guerra y el pacifismo” (1914), “La polémica de la paz” (1915^a), “Carta a un pacifista” (1915b) y “La biofilosofía de la guerra y William McKenzie”.

núcleo central, de los que ya no es posible esperar nada, y los coyas del Noroeste, algo menos malos pero igualmente envejecidos como raza y cultura, mientras que el único grupo apto para la incorporación es el de los Pámpidos del Chaco... (1947: 288).⁵²

Así, la desmitificación que pone en juego desarticula falsas arqueologías pre-científicas, pero también la idealización romántica del continente, y las culturas indígenas en el pasado y en el presente. En última instancia, esta posición teórica resulta compatible con la inclusión de los obreros que realiza el primer Peronismo, invisibilizando a los indígenas nacionales, e incluso implementando políticas de represión material de estos sujetos, tal como puede verse en la desarticulación del “Malón de la Paz” en 1946, o en la masacre de familias pilagá en 1947, llevada a cabo con consentimiento de las autoridades provinciales y nacionales (el mismo año en que “La formación racial argentina” evalúa la insignificancia de los indígenas como fuerza productiva, aconsejando al Estado promover la inmigración latina).⁵³

Como dijimos al comienzo, al aspirar a un lectorado más amplio que el círculo de especialistas, y propiciar un americanismo arqueológico, Humanior descansa en las condiciones creadas por otros textos, dentro y fuera del campo antropológico en formación. En este sentido, la biblioteca sería impensable sin precedentes tales como el *Silabario de la decoración americana* de Ricardo Rojas (que en 1930 promueve una indigenización por la vía del arte), o de las tempranas incursiones en el psicoanálisis de Bernardo Canal Feijóo, discípulo de Rojas. Pero el anclaje de estos autores en el ensayo de interpretación, su valoración de la hermeneútica como vía superior de conocimiento del mundo, su denuncia de la explotación de los indígenas, y/o la voluntad de reactivar el sustrato cultural indígena reprimido en el inconsciente colectivo, entre otros elementos, establecen un contrapunto flagrante con el científicismo desmitificador de Imbelloni. Así, la misma demanda por crear una sensibilidad americanista en el lectorado argentino se formula desde epistemologías e

⁵² Ese diagnóstico negativo sobre los indígenas como fuerza de trabajo puede completarse con la visión implícita en otras fuentes suyas de esta etapa. Por ejemplo, con la contenida en “Los Patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza”. En este artículo, editado en la revista *Runa* en 1949, Imbelloni comenta parte de los resultados de su estudio somatológico y lingüístico de los indios tehuelches, realizado ese mismo año en base a una campaña antropológico/militar en Santa Cruz y Chubut, confirmando la condena a la extinción de este grupo. Este enfoque debería ampliarse también a “El panorama lingüístico de la Patagonia y el trabajo del General Juan Perón”, prólogo que escribe en 1949 para *Toponimia patagónica de etimología araucana*, de Juan Perón. En este prólogo (que, como vimos, puede pensarse como otra prueba de la importancia de la antropología para el Peronismo, en competencia con el papel privilegiado de la filosofía que parece reclamar Carlos Astrada), Imbelloni vuelve a evaluar jerárquicamente los tipos indígenas argentinos, en base a niveles desiguales de deterioro, defendiendo el registro de prácticas culturales indefectiblemente condenadas a la extinción en corto o mediano plazo.

⁵³ Al respecto, ver por ejemplo Svampa (2016: 78-82).

ideologías enfrentadas, disputando la conquista de esas nuevas capas medias, cultas y “en disponibilidad”. En definitiva, humanismo, americanismo y modernidad (los términos convocados en el título de Humanior) se insertan en un verdadero “campo de batalla”.

Bibliografía

Agenot, Marc (2010). *El discurso social*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Arenas, Patricia – Inés Baffi (1991-1992). “José Imbelloni: una lectura crítica” en *Runa*, UBA, XX, pp, 167-176.

Biernat, Carolina (2007). *¿Buenos o útiles? La política inmigratoria del peronismo*, Buenos Aires: Biblios.

Califano, Mario, Andrés Pérez Diez y Balzano, Silvia (1985). “Etnología” en AA.VV. *Evolución de las ciencias en la República Argentina*, volumen X: *Antropología*, Buenos Aires: Centro argentino de etnografía americana.

Canal Feijóo, Bernardo (1937). *Ensayo sobre la expresión popular artística en Santiago*, Buenos Aires: Compañía Impresora Argentina.

----- (1938). *Mitos perdidos*, Buenos Aires: Compañía Impresora Argentina, 1938.

Carrizo, Sergio (2007). “Academia tucumana albergando nazis. El caso de Branimiro Males y su desempeño en el Instituto de Antropología de la UNT” en *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán. <http://www.aacademica.org/000-108/99>.

----- (2000). *José Imbelloni, entre la antropología y la historia*, tesina de grado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán (mimeo).

Degiovanni, Fernando (2007). *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.

Devoto, Fernando (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Espósito, Fabio – Di Croce, Ely (2013). “Un archivo del folclore nacional” en *Actas de las VI Jornadas internacionales de Filología y Lingüística*. http://jornadasfilologiaylinguistica.fahce.unlp.edu.ar/vi-jornadas-1/actas-013/diCroce_Esposito.pdf.

Fontán, Marcelino (2005). *Oswald Menghin: ciencia y nazismo*, Buenos Aires: Fundación Memoria del Holocausto.

Garbulsky, Edgardo (1987). *José Imbelloni: positivismo, organicismo y racismo* (folleto). Rosario: Universidad Nacional de Rosario.

Imbelloni, José. Material inédito en Archivo de José Imbelloni, Museo Etnográfico (cajas de su gestión, sin nomenclatura).

----- (1914). “La guerra y el pacifismo” en *Revista argentina de ciencias políticas*, Buenos Aires, tomo IX, 179-191.

----- (1915^a). “La polémica de la paz” en *Revista argentina de ciencias políticas*, Buenos Aires, tomo X, 78-98.

----- (1915^b). “Carta a un pacifista” en *Revista argentina de ciencias políticas*, Buenos Aires, tomo X, 517-520.

----- (1916). “La biofilosofía de la guerra y William McKenzie” en *Revista de filosofía*, Buenos Aires, 374-398.

- (1920). “Dos americanismos” en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires: Peuser (folleto).
- (28/05/1922). “Estado actual de la cuestión etrusca” en *La Prensa*, Buenos Aires.
- (20/08/1922). “Historia animística del retrato. El busto en los dos mundos” en *La Prensa*, Buenos Aires.
- (27/08/1922). “La cerámica prosopomorfa en Europa y América” en *La Prensa*, Buenos Aires.
- (17/12/1922). “Pinturas rupestres del noroeste de Córdoba” en *La Prensa*, Buenos Aires.
- (24/12/1922). “La fauna de las sierras en el verismo y el impresionismo de los pintores indígenas” en *La Prensa*, Buenos Aires.
- (20/01/1924). “Un hallazgo curioso en las tierras magalhánicas” en *La Prensa*, Buenos Aires.
- (08/02/1925). “Edipo ante la esfinge americana” en *La Prensa*, Buenos Aires.
- (1926). *La esfinge indiana*, Buenos Aires: El Ateneo.
- (11/02/1926). “Cinco misterios convencionales de Tiahuanaco” en *La Prensa*, Buenos Aires.
- (07/03/1926). “Tiahuanaco. Crítica de la cronología hiperbólica” en *La Prensa*, Buenos Aires.
- (1930). “Nómina de publicaciones relacionadas con las Ciencias del Hombre (1921-1930), seguida por un plan de investigaciones de Antropología física”, Buenos Aires, Porter.
- (1931). “Introducción al estudio de las civilizaciones según el método histórico-cultural”, Buenos Aires: Imprenta de la Universidad (folleto).
- (1936). “Humanior. Biblioteca del Americanista moderno. Introducción general”, Buenos Aires: José Anesi (folleto).
- (1936). *Epítome de culturología*, Buenos Aires: José Anesi, Biblioteca Humanior.
- (1940a). “Las profecías de América y el regreso de Atlántida en la Americanística”. Buenos Aires: Museo Argentino de Ciencias Naturales (folleto).
- (1940b). “Un viejo error de arqueología clásica fundamenta el libro de los señores E. y D. Wagner”, Buenos Aires, Museo Argentino de Ciencias Naturales (folleto).
- (1942). “La ‘Weltanschauung’ de los amautas reconstruida: formas peruanas del pensamiento templario”, Lima, Gil (folleto).
- (1943). *Concepto y praxis del folklore como ciencia*, Buenos Aires: editorial Humanior, Biblioteca Humanior.
- (1946). *Pachacuti IX. El incario crítico*, Buenos Aires: editorial Humanior / Nova, Biblioteca Humanior.
- (1947). “La formación racial argentina. Se reanuda la inmigración” en *Argentina en marcha*, Buenos Aires: Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, pp. 223-308.
- (1949a). “Antropología. Investigadores e investigaciones. Etapas de esta ciencia en nuestro país” en *Primer ciclo anual de conferencias*, Buenos Aires: Subsecretaría de Cultura.

----- (1949b). “Los Patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza” en *RUNA*, Instituto de Antropología, vol. II.

----- (1952 [1949]). “El panorama lingüístico de la Patagonia y el trabajo del General Juan Perón”, prólogo a Perón, Juan D. *Toponimia patagónica de etimología araucana*, Buenos Aires, Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación.

----- (1953). *Epítome de culturología*, Buenos Aires: Nova (2da. edición), Biblioteca Humanior.

Imbelloni, José – Alfredo Dembo (1938). *Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico*, Buenos Aires: José Anesi, Biblioteca Humanior.

Imbelloni, José – Armando Vivante (1939). *Libro de las Atlántidas*, Buenos Aires: José Anesi, Biblioteca Humanior.

Imbelloni, José - Bruno Jacovella, Susana Chertudi et al. (1959). *Folklore argentino*, Buenos Aires: Nova, Biblioteca Humanior.

Levene, Ricardo (1936-1950). *Historia de la nación argentina. Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862*, Buenos Aires, El Ateneo.

Mailhe, Alejandra (2012). “Inconsciente y folklore en el ensayismo de Bernardo Canal Feijóo”. *Latinoamérica*, México: UNAM, n°51, pp. 163-190.

----- (2013). “La hermenéutica del descenso” en *Anales de la literatura hispanoamericana*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, vol.42, pp. 51-69.

----- (2016). “*La Brasa*: la revista como construcción simbólica de la región” en prensa en *Actas del segundo coloquio sobre publicaciones periódicas argentinas*, La Plata: FaHCE.

Males, Branimiro (1953). “Antropología y justicialismo” en *Humanitas*, n° 1, Tucumán.

Martínez, Ana Teresa et al. (2011). *Los hermanos Wagner: Arqueología, campo arqueológico y construcción de identidad en Santiago del Estero, 1920-1940*. Bernal: UNQ.

Martínez Soler, Benigno (enero/diciembre de 1945). “Bibliografía de José Imbelloni: clasificada y compilada” en *Boletín bibliográfico de antropología americana (1937-1948)*, vol. 8, n° 1/3.

Ollivero, Isabelle (1999). *L'invention de la collection*, París: Éditions de l'Imec.

Ortega, Julio (noviembre de 1988). “El Inca Garcilaso y el discurso de la abundancia” en *Revista chilena de literatura*, Santiago de Chile: Universidad de Chile, n° 32.

Pardal, Ramón (1937). *Medicina aborígen americana*, Buenos Aires: José Anesi, Biblioteca Humanior.

Perazzi, Pablo (2003). *Hermenéutica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires*, Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

----- (noviembre de 2009). “La recepción de la escuela histórico-cultural en la antropología argentina”. Ponencia inédita presentada en las *Jornadas de historia de las izquierdas* celebradas por el CEDInCI, mimeo.

Quesada, Ernesto (1926). “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo” en *Humanidades*, La Plata: UNLP (folleto).

Rojas, Ricardo (1910). *Blasón de plata*. Buenos Aires: Biblioteca de La Nación.

----- “Manuscritos de *Eurindia*”. Casa Museo de Ricardo Rojas [inédito], s/d.

----- (1951 [1922]). *Eurindia. Ensayo de estética sobre las culturas americanas*. Buenos Aires: Losada.

----- (1943). "Americanidad". Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral (folleto).

----- (1930). *Silabario de la decoración americana*, Buenos Aires: La Facultad (Roldán).

Ruvituso, Clara (2015). *Diálogos existenciales. La filosofía alemana en la Argentina peronista*, Berlín: Vervuert Verlagsges.

Svampa, Maristella (2016). *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*, Buenos Aires, Edhasa.

Wagner, E. – Wagner, D. (1934). *La civilización chaco-santiagueña y sus correlaciones con las del nuevo y viejo mundo*. Buenos Aires: Compañía Impresora.